

“Una buena madre”: Construcción del lugar de la madre en Florencio Escardó, Eva Giberti y Arminda Aberastury (1955-1962)¹

Georgina Listre

I. Introducción

La década del sesenta fue una época de grandes cambios sociales, políticos y culturales y la década del boom del psicoanálisis en la Argentina (Plotkin, 2003: 118). Entre las condiciones que favorecieron la expansión del discurso psicoanalítico está el estrechamiento de la familia moderna en torno del pequeño círculo padre-madre-hijo, la psicologización de la crianza y el cambio en lugar tradicional que ocupaba la mujer (Vezzetti, 1999). Coexistían en las familias argentinas una aspiración a la modernización ligada a lo “psi” –es decir a todo lo vinculado al discurso psicológico ampliamente entendido- y un tradicionalismo que perduraba (Cosse, 2010). En ese contexto la centralidad de la maternidad en la configuración de la identidad femenina no solamente no fue cuestionada sino que además hubo una reconfiguración del mandato maternal que redoblabla las exigencias de las madres quienes debían velar ahora también por el equilibrio psicológico de sus hijos (Cosse, 2010).

Contemporáneamente con los nuevos saberes que la naciente ciencia psicológica producía, la buena crianza se instalaba bajo el paraguas de un nuevo paradigma y había una demanda creciente de los conocimientos psicológicos que asegurarían el buen desarrollo de la personalidad de los hijos (Borinsky, 2005).

Desde abordajes diferentes y con el centro de interés puesto en el niño, Florencio Escardó, Eva Giberti y Arminda Aberastury coincidieron en emprender la tarea de superar el escollo que representaban los padres en el sano desenvolvimiento del niño. En ese afán y con finalidad pedagógica (y terapéutica en el caso de Arminda Aberastury) surgieron Escuela para Padres, los Grupos de Orientación de Madres y la labor didáctica de Florencio Escardó. La propuesta de este trabajo es indagar cómo aparece en estos autores la psicologización² de la crianza y como construyen a partir de allí el rol de la madre en esa práctica ineludible.

Un período de grandes cambios y el psicoanálisis como ordenador

Al igual que gran parte del mundo occidental, la década del sesenta en la Argentina fue un período de significativos cambios sociales y culturales. Una combinación singular de acontecimientos que se desarrollaron en un período de tiempo relativamente estrecho constituyen, según Mariano Plotkin, la particularidad del “caso argentino”, donde hubo un boom del psicoanálisis en la década del sesenta. La rápida expansión de una clase media profesional con nuevas expectativas y pautas de consumo y los cambios en la concepción tradicional de la familia y en el lugar que ocupaba la mujer en el hogar y en la sociedad

¹ Informe de lectura realizado en el marco del seminario de grado “La familia como objeto de intervención “psi” en la Argentina (1950-1987)”, a cargo de la Dra. Florencia Macchioli

² El término psicologización proviene de Nikolas Rose y alude a la utilización de saberes psicológicos como marco interpretativo del comportamiento humano

están entre los cambios sociales más significativos (Plotkin, 2003: 118). En relación a estos cambios, Susana Torrado señala el “espectacular progreso” en la situación social de la mujer, del cual son indicadores la incorporación masiva de mujeres al mercado de trabajo, su ingreso igualmente masivo a la educación universitaria y el acceso a métodos anticonceptivos de alta eficacia (Torrado, 2004: 84). Los cambios en la concepción tradicional de la familia y en el rol de la mujer también se vieron favorecidos -aunque no fueron necesariamente buscados- por el otorgamiento del voto a la mujer en 1947 y por el incremento de su participación en la vida pública (Plotkin, 2004: 123). El hecho de que el segmento de mujeres casadas constituyera el de mayor crecimiento dentro de la fuerza laboral femenina es asimismo sugestivo señala Plotkin del aumento del número de *madres* en el ámbito laboral, lo cual también remite a los cambios que se estaban produciendo en el modelo familiar (Plotkin, 2004: 122). En el plano político en su relación con la sociedad, la caída de Perón –en torno a cuya figura se habían organizado identidades políticas claramente diferenciadas- y una sucesión de gobiernos militares y civiles en un clima de creciente conflicto político y violencia sin precedentes contribuyeron a la pérdida de legitimidad del sistema político (Plotkin, 2003:118).

Estos sucesos en su confluencia contribuyeron a generar las condiciones para la rápida expansión del psicoanálisis como sistema de ideas que ordenaba las nuevas realidades políticas y sociales que se vivían aliviando de esta manera las ansiedades que estos cambios generaban (Plotkin, 2003:133).

Fue en torno a la problematización de la familia nuclear moderna que el nuevo discurso psicológico penetró en la sociedad argentina según el análisis de Hugo Vezzetti quien señala los tópicos de la “crisis de la posición tradicional de la mujer, [la] “psicologización” de las prácticas de la crianza y la formación del carácter y, más en general, de las funciones educativas de la familia” como algunas de las condiciones culturales del difusión del psicoanálisis (Vezzetti, 1999).

Un nuevo paradigma de crianza y la reconfiguración del mandato maternal

En efecto, las nuevas aspiraciones de las mujeres y las expectativas de equidad de género en la pareja (Cosse, 2010) se daban en conjunto con una serie de discursos acerca de la crianza que viraron de un determinismo ‘biológico’ –según el cual las enfermedades o conductas del niño eran producto de la herencia- a un determinismo psicológico según el cual las conductas, los trastornos infantiles y la enfermedades orgánicas eran producto de conflictos psicológicos en los cuales los padres -y en particular la madre- cumplían un papel central (Borinsky, 2005). Sostiene Marcela Borinsky que “el saber se fue desplazando progresivamente del campo médico al campo psicológico al tiempo que el psicoanálisis comenzó a colorear estas nuevas representaciones de la infancia”. La psicologización de la crianza interpelaba a los padres poniendo el centro de interés en la personalidad y en la psicología del niño. La clave estaba ahora en la individualidad, en el carácter del niño. En este marco la infancia aparecía como un territorio del cual poco se sabía y mucho debía ser investigado, tarea que le competía a la psicología moderna que se erigía así como fuente privilegiada de saber. Este cambio de modelo de crianza implicaba una transformación del lugar del experto, tradicionalmente ocupado por la figura del médico la cual estaba siendo progresivamente reemplazada por la figura del psicólogo (Borinsky, 2005).

Por otro lado el psicoanálisis implicaba la innovación y la modernidad a la que se aspiraba y el sumarse a las nuevas ideas de crianza también era una manera de sumarse a la ola de la modernidad (Cosse, 2010: 209). Isabella Cosse afirma que en lo que hace a la normatividad familiar los cambios fueron más bien “discretos”. La maternidad no solo no perdió centralidad en la configuración de la identidad femenina sino más bien constituyó “el límite de las impugnaciones a los mandatos domésticos” (Cosse, 2010: 161). Hubo una reafirmación de la maternidad y al mismo tiempo una reconfiguración del mandato maternal, en línea con el nuevo modelo de psicologización de la crianza.

Veremos ahora de qué manera confluyen en el discurso de los expertos -cuyo lugar de enunciación estaba legitimado por el prestigio del conocimiento psicológico que se sabía poseían- esta reafirmación y reconfiguración del mandato maternal con la nueva posición de la mujer en la sociedad y las nuevas exigencias que la buena crianza impone a los padres en general, y a las madres en particular.

II. Los discurso de los expertos

Florencio Escardó y su Anatomía de la Familia

Florencio Escardó (1904-1992) era un prestigioso pediatra que en los años cincuenta integró los conocimientos las nacientes disciplinas psicológicas en su práctica. Jefe de un servicio del Hospital de Niños y un profesor popular, su presencia en diversos medios de comunicación era frecuente (Plotkin, 2003: 170). Nos recuerda Isabella Cosse que a mediados de los años cincuenta la figura del médico era una referencia obligada en lo que hacía a los mandatos de crianza (Cosse, 2010: 164).

Hallamos en Escardó una concepción “funcionalista” de la familia donde la división de roles entre el padre y la madre eran la base de la organización familiar saludable (Cosse, 2010: 164). En su *Anatomía de la Familia*, Escardó describe el pasaje de lo que llama la ‘gran familia’ a la ‘pequeña familia’ compuesta por el núcleo reducido de padre-madre-hijo. En el primer tipo de familia la mujer tenía una función menos definida y responsable, al estar acompañada y asistida por muchas otras personas en la crianza y así *la sensación de seguridad* del hijo no dependía exclusivamente de la presencia maternal (Escardó, 1955: 18). Por el contrario en la pequeña familia la responsabilidad de la madre era ineludible (Escardó, 1955: 20). La exigencia sobre los padres era mayor. Escardó los incita a la reflexión: “Al casarse toda mujer debe saber a ciencia cierta si está dispuesta y *si es capaz* de ser madre, y todo hombre si está dispuesto y *si es capaz* de ser padre ...” (Escardó, 1955: 21). Y diagnostica que “en la práctica todo ello se da por entendido con increíble superficialidad...” (Escardó, 1955: 21).

Sostiene la importancia de un buen ambiente y clima familiar y enfatiza que gracias a los padres se puede asegurar el buen desenvolvimiento del niño pero “por correlativa contrafigura las omisiones y defectos tendrán también directa influencia perniciosa sobre la personalidad en formación” (Escardó, 1955). Vemos aquí la advertencia a los padres poniendo el énfasis en los potenciales perjuicios que su falta de madurez puede provocar sobre la personalidad del niño, en línea con la psicologización de la crianza.

La etiología de síntomas tales como los vómitos o la inapetencia en los niños—sostiene— “es la actitud profunda de los adultos frente a sí mismos [y] con respecto a los niños” y aclara que “la curación sólo puede obtenerse merced a un reconocimiento, de parte de la familia, de lo perjudicial y erróneo de su conducta y en una leal rectificación de la

misma...” (Escardó, 1955: 144). Vemos la culpabilización de las madres que “penan por la flacura” de sus hijos y que “se asombrarían si les dijera que tal temor significa en realidad un profundo rechazo de su chico, y en cierto sentido, un deseo de que se muera de hambre y deje de fastidiarlas” (Escardó, 1955: 147). Son madres que, sostiene Escardó, podrán hacer de más o de menos pero no hacen “lo justo” (Escardó, 1955: 148).

Eva Giberti y la Escuela para Padres

Mariano Plotkin ubica a Eva Giberti (1929) como una importante difusora del psicoanálisis en la sociedad. Asistente social, considerada una *outsider* por la comunidad de psicólogos, su presencia en los medios era habitual (Plotkin, 2003: 175). Había comenzado con una columna en el diario *La Razón* –uno de los más importantes del país– que planteaba desde el primer artículo que los padres debían *aprender* cómo educar a sus hijos y no seguir las pautas que pudiera sugerir un supuesto instinto paternal (Carpintero y Vainer, 2004:126). En 1962 saca la primera edición del libro *Escuela para Padres* que tuvo varias reediciones y llegó a vender 150.000 ejemplares (Plotkin, 2003: 170). En un tono admonitorio acerca de las consecuencias de una mala crianza y en tono prescriptivo, se dirigía principalmente a “las mamás”.

En sus consejos a los padres advierte a aquellos que discuten delante de los hijos “Son ustedes mismos los que están provocando reacciones negativas en [el] comportamiento [del niño] : necesita un equilibrio emocional para crecer y ustedes se lo están negando” (Giberti, 1962: 248). Con determinismo causalista, Giberti planteaba que gracias a “comprobaciones perfectamente establecidas” por la psicología sabemos que los vómitos de una madre embarazada “están señalando una actitud de rechazo subconsciente hacia el niño” y que “ya no resulta difícil ni extraño vincular a estas señoras con los hijos conflictuales” (Giberti, 1962: 129). Las ‘causas profundas’ de que las madres actúen como lo hacen obedece a “razones determinadas por sus conflictos profundos” (Giberti, 1962).

Al igual que Escardó, aboga por que las futuras madres hagan “un examen de conciencia” acerca de su madurez y capacidad para ejercer responsablemente la maternidad (Giberti, 1962: 132). El objetivo de “Escuela para Padres” según Giberti es justamente acercar a la madre el conocimiento que le falta para ser una buena madre. “La tremenda responsabilidad de las madres modernas es la de ser conscientes de sus posibilidades de adquirir conocimientos que las orienten; quienes así no lo hagan serán responsables de trastornos psicológicos en su niño, trastornos que pudieran evitarse con una sana información y una actitud vigilante” (Giberti, 1962: 133). Encontramos varias referencias a la madre que trabaja y que no por eso debe “desentenderse de su maternidad, porque sería desentenderse de su excelencia de mujer”. Amonesta a la madre separada que habla negativamente a su hijo respecto de la figura del padre, lo cual “inevitablemente repercutirá de manera nefasta en el futuro”. Increpa a esa mujer “a quien queremos hacer reflexionar” y que “...si ya fracasó una vez como esposa, no tiene ningún derecho a fracasar como madre” (Giberti, 1962: 256).

Giberti dedica varios artículos a describir las características de ciertas madres perfeccionistas y críticas que no aceptan que los niños estén desaseados, desprolijos o desatentos –características que considera normales de la infancia– y critica la disciplina que en el afán de control de la conducta de sus hijos les imponen. Borinsky señala una coincidencia en esta concepción que asocia disciplina con represión y carencia afectiva y aquella que Arminda Aberastury había sostenido una década atrás respecto de que detrás de

un niño obediente podían esconderse profundos problemas. Más que preocuparse por imponer disciplina en niños desobedientes había que hacerlo entonces por la adaptación y pasividad de los niños que se acomodan a los estándares de los adultos.

Arminda Aberastury y los Grupos de Orientación de Madres

A diferencia de Escardó y de Giberti, Arminda Aberastury (1910-1972), hacía psicoanálisis de niños. Esposa de Pichon Rivière, maestra y profesora de pedagogía, Aberastury inauguró el psicoanálisis de niños en la Argentina y fue una de las principales responsables de la introducción de Melanie Klein dentro de la APA (Carpintero y Vainer, 2004: 154). Mantuvo correspondencia con Klein desde 1945 hasta 1958 fundamentalmente en torno a temas técnicos que Aberastury consultaba y en relación a las traducciones de libros y artículos de Klein que Aberastury realizaba (Fendrik, 2003).

Según Carpintero y Vainer “una marca de la autora fue insistir en la prescindencia de la intervención de los padres en el tratamiento del niño, para que el mismo se desarrollara principalmente en forma bipersonal. Para sostener esto fue necesario un complemento indispensable del análisis infantil ..., [los] grupos de orientación de madres” (Carpintero y Vainer, 2004: 156).

Al mismo tiempo Aberastury desiste de dar “consejos a los padres” dado que la conducta de los padres motivada inconcientemente no podía modificarse a partir de normas concientes (Aberastury, 1962: 136). Es mas, los consejos resultaban perjudiciales dado que la culpa inconciente que sentían los padres por no poder cumplirlos se transformaba en agresión (Aberastury, 1962: 137).

Según la propia Aberastury, “mi idea de realizar grupos de orientación de madres surgió de la convicción de que únicamente podría mejorarse su vínculo con el hijo haciéndoles comprender, mediante la interpretación, cuáles eran los conflictos que dificultaban esa relación” (Aberastury, 1962: 230). Aparecen distintas finalidades de los grupos de orientación de madres en su texto *Teoría y Técnica de Psicoanálisis de Niños*. Por un lado como una herramienta de profilaxis de la neurosis infantil y en este caso sugiere que la madre ingrese en los grupos mientras está encinta o con un niño recién nacido (Aberastury, 1962: 133). Aparecen también como espacio para las madres de los niños bajo análisis, en cuyo caso potencian el tratamiento del niño (Aberastury, 1962). Finalmente aparecen como alternativa para la madre cuando los padres no pueden costear el tratamiento del niño (Aberastury, 1962: 131).

Más allá de las variantes enunciadas, el centro de interés de Aberastury está en los niños y no en la familia (Macchioli, 2003). En todo caso los grupos de madres pueden constituir una respuesta al tema de cómo superar el escollo que representan los padres. El escollo estaría en la dificultad de manejo de una doble o triple transferencia (del niño, de la madre, del padre) como lo explicita la propia Aberastury. Pero también el escollo está en la propia madre quien patologiza al niño. Siguiendo el análisis de Silvia Fendrik, “la idea de una causalidad lineal entre patología del niño y patología de los padres es algo que [Aberastury] nunca dejó de tener ‘in mente’” (Fendrik, 2003). Así, en los grupos de madres “interpretaba la ambivalencia y la envidia de las madres hacia sus propias madres y sus consecuencias sobre la crianza de sus propios hijos. La ‘culpa’ de la madre, está presente en los grupos de madres...” (Fendrik, 2003).

Las madres deben aprender a establecer un buen vínculo con sus hijos, según Aberastury, y los grupos aparecen también cumpliendo esta función pedagógica. Si bien ha

sido un gran progreso para la profilaxis de la neurosis infantil –sostiene Aberastury- el conocimiento de los factores patógenos y los conocimientos adquiridos acerca de las necesidades del bebé, “faltaba encontrar una forma de hacer llegar este conocimiento a las madres, forma que se alcanzó con los grupos de orientación” (Aberastury, 1962: 249).

III. A modo de cierre

Como sosteníamos al inicio, confluyendo a través de varias avenidas el discurso psicoanalítico se fue perfilando como un sistema de ideas privilegiado para la interpretación de cambios de distinta índole e impregnando también las prácticas de crianza, donde nuevas exigencias hacia los padres demandaban de estos un conocimiento psicológico que no poseían, lo cual los compelió a recurrir a los expertos. Como señala Marcela Borinsky -y hemos podido ver en los discursos de los autores analizados- en un doble movimiento se delineaban nuevas exigencias para los padres que debían aprender a cumplir con sus funciones a la vez que se las transformaba en “figuras absolutamente poderosas” dada la enorme capacidad de influencia que tenían sobre los hijos (Borinsky, 2005).

A fines de la década del cincuenta el “psicoanálisis ya era un producto disponible en el mercado de las ideas argentinas y era promovido por un grupo activo de divulgadores” (Plotkin, 2004: 149). Tanto Escardó como Giberti, como hemos reseñado, pueden ser incluidos en este grupo, en particular en lo que hace a la divulgación de las prácticas de crianza, que como hemos visto fue una puerta de entrada privilegiada para la expansión del discurso psicológico.

Arminda Aberastury, desde el campo de intervención terapéutico y como figura emblemática del psicoanálisis de niños, coincidía con estos autores en la idea de buscar la etiología de los síntomas del niño en las relaciones familiares, en particular en el vínculo establecido con la madre. Vimos como en Escardó los síntomas del niño eran expresión de las “enfermedades de la familia” y como Giberti advertía a los padres acerca de los trastornos psicológicos graves que podían sufrir sus hijos de no ser criados adecuadamente.

Coinciden los tres autores –en línea con el modelo del determinismo psicológico de crianza- en poner el énfasis en el desarrollo de la personalidad del niño y ya hemos visto el contrapunto entre Aberastury y Giberti respecto de la incidencia negativa en el buen carácter del niño del disciplinamiento de niños desobedientes (Borinsky, 2005: 117-126).

Los tres autores critican la idea un supuesto instinto maternal que devela automáticamente a los padres los pasos a seguir en relación a la crianza de sus hijos, y ponen el énfasis en *la necesidad de aprendizaje y educación* por parte de los padres del “abc” psicológico de esta difícil tarea. Así aparecen Escuela para Padres y los Grupos de Orientación de Madres cumpliendo una labor pedagógica. Una diferencia entre los autores es que así como Escardó y Giberti se embarcan en dar consejos explícitos, Aberastury desiste de esta idea y separa claramente a los padres del tratamiento del niño. Aún así se enmarcan los grupos de orientación de madres en el afán pedagógico mencionado.

A través de distintas referencias en estos discursos podemos ver una reafirmación de la importancia de la maternidad. Encontramos explícitamente en Escardó y Giberti que las madres podían trabajar (para contribuir al hogar o para convertirse en un “ser completo” y por lo tanto mejor madre) pero no debían descuidar su *función de madre*, su función primordial. Al mismo tiempo vemos una reconfiguración del mandato maternal que volvía más exigente su tarea. Se veían llamadas a velar por el buen desenvolvimiento psicológico

de sus hijos, del cual –se les advertía- eran responsables pero carecían del valiosísimo y moderno conocimiento que la psicología producía. Así podemos coincidir con Cosse en que con los significativos cambios que la década del sesenta representó para las familias argentinas, en lo que hace a los discursos de crianza que reafirmaban la centralidad de la maternidad y volvía a esta más exigente, se trató más bien de una “revolución discreta” (Cosse, 2010).

BIBLIOGRAFIA

FUENTES PRIMARIAS:

Aberastury de Pichon Rivière, A. (1962). Cáp. 5 “La entrevista inicial con los padres”. Cáp.8 “Entrevistas posteriores con los padres”. Cáp. 13 “Grupo de Orientación de Madres”. En *Teoría y técnica del psicoanálisis de niños*. Buenos Aires: Paidós.

Escardó, F. (1955). Caps. “La familia de hoy”, “Las enfermedades de la familia”. En *Anatomía de la familia*. Buenos Aires: El Ateneo.

Giberti, E. (1962). La familia, El niño ante la pareja , La madre (Vol 1). En *Escuela para padres*(3 vols). Buenos Aires: Emecé.

FUENTES SECUNDARIAS:

Borinsky, M. (2005). Todo reside en saber qué es un niño. Aportes para una historia de la divulgación de las prácticas de crianza en la Argentina. *Anuario de Investigaciones*. Facultad de Psicología, Vol. 8, Tomo II, 117-126.

Carpintero, E. y Vainer, A. (2004). Cáp. 1 “El progreso comienza a llamarse el campo de la Salud Mental”, Cáp. 6 “El trabajo en grupo. Una marca de época”, Cáp. 10 “De Freud a Lacan pasando por Marx”. En *Las huellas de la memoria. Psicoanálisis y Salud Mental en la Argentina de los '60 y '70. Tomo I: 1957-1969*. Buenos Aires: Topía.

Cosse, I. (2010). Cáp.4 “Ser madres y padres”. En *Pareja, sexualidad y Familia en los años sesenta*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno

Fendrik, S (2003). *Arminda Aberastury*. <http://www.topia.com.ar/articulos/arminda-aberastury.2003>

Macchioli, F. (2003). Antecedentes de la Terapia Familiar en Argentina. *Temas de Historia de la Psiquiatría Argentina*, N°16, 3-27. También en www.elseminario.com.ar

Plotkin, M. (2003). Cáp. 3 “El cambio social y la expansión del mundo psicoanalítico”, Cáp. 4 “El papel de los divulgadores en la expansión del mundo psicoanalítico”. En *Freud en las pampas*. Buenos Aires: Sudamericana.

Torrado, S. (2004). Tercera parte “Efectos sobre la organización familiar”. En *La herencia del ajuste. Cambios en la sociedad y la familia*. Buenos Aires: Capital Intelectual.

Vezzetti, H. (1999). Las promesas del psicoanálisis en la cultura de masas (Tomo 3). En Devoto, F. & Madero, M. (Eds.), *Historia de la vida privada en la Argentina* (Vols. 1-3). Buenos Aires: Taurus. También en: www.elseminario.com.ar